



**COMPOLÍTICAS**

Grupo interdisciplinario de Estudios en **Comunicación, Política y Cambio**

**Social**

**TEORÍA Y POLÍTICAS DE COMUNICACIÓN EN**  
**LATINOAMÉRICA**  
**Nuevos lineamientos y perspectivas de investigación**

**Prof. Dr. D. Francisco SIERRA CABALLERO\***

**Departamento de Periodismo I**

**Facultad de Comunicación**

**UNIVERSIDAD DE SEVILLA**

**Avda. Américo Vespucio, s/n**

**Isla de la Cartuja 41092 Sevilla**

**E-mail: [fsierra@us.es](mailto:fsierra@us.es)**

**[www.compoliticas.org](http://www.compoliticas.org)**

- **Francisco SIERRA CABALLERO** es Profesor Titular de Teoría de la Comunicación de la Universidad de Sevilla, donde dirige el Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social y la Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación. REDES.COM, como miembro fundador y directivo del Instituto Universitario de Estudios sobre América Latina (IEAL). Experto en políticas de comunicación, nuevas tecnologías y participación ciudadana de la Unión Europea, ha impartido clases y conferencias como profesor invitado en prestigiosas universidades y centros de investigación de la UE y América Latina. Autor de numerosos estudios y ensayos en materia de comunicación y desarrollo, políticas de comunicación y Teoría y Metodología de la Investigación en Comunicación, en la actualidad, es Secretario Federal de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura ([www.ulepicc.net](http://www.ulepicc.net)) y Vicepresidente de la Confederación Iberoamericana de Asociaciones Científicas y Académicas en Comunicación ([www.confibercom.org](http://www.confibercom.org)).



## I.- INTRODUCCIÓN.

Por lo general, los estudios sobre la naturaleza informacional de la sociedad contemporánea dibujan en nuestro tiempo un escenario contradictorio cuyo gobierno por las máquinas y sistemas de información, lejos de facilitar un conocimiento detallado de los procesos de desarrollo, impone, en la práctica, la asunción de un pensamiento fatalista, sobredeterminado por un “metarrelato posmoderno”, incapaz de otra cosa que la denuncia de los proyectos de movilización y democratización del conocimiento y de los medios de información y expresión cultural. De forma que la *desrealización* del mundo cotidiano y la pérdida material de las formas de anclaje de la experiencia por efecto de la colonización de los simulacros mediáticos terminan por bloquear el imaginario político-ideológico emancipatorio en un proceso de mixtificación de la posmodernidad y las nuevas formas de dominio flexible que, de raíz, niega toda posibilidad de una “nueva cartografía del tardocapitalismo”, pese a la pertinencia y necesidad de este ejercicio intelectual y de compromiso histórico en un tiempo como el presente marcado por el proceso intensivo de globalización económica, y diversas formas de crisis cultural y des-concierto de las comunidades locales. Tal situación, si bien resulta plenamente válida y aplicable a Europa y los países centrales del capitalismo global, se antoja, no obstante, notoriamente diferente en Latinoamérica.

En la última década, América Latina vive experiencias innovadoras en el proceso de democratización del sistema informativo, introduciendo debates como la diversidad cultural, nuevos modelos de estructuración y reparto del espectro radioeléctrico y una nueva praxis y concepción de la economía política de la comunicación y la cultura sin parangón con la UE y otras regiones del llamado Primer Mundo. En el nuevo contexto histórico de gobiernos de progreso, las políticas públicas en la materia han comenzado a ser reconocidas como una pieza clave angular en la definición de las condiciones materiales de desarrollo y convivencia de los países de la región, más allá de los señalamientos que desde hace décadas viene apuntando el campo académico, históricamente marginalizado y sin poder real de incidencia en la arena política. Un claro indicador de esta importancia relativa asignada a las políticas públicas en comunicación, hasta hace poco tradicionalmente excluidas de la agenda pública, es la proliferación de observatorios especializados en las industrias de la comunicación y cultura con apoyo gubernamental, así como los diversos programas orientados a apoyar económicamente la pervivencia de la pequeña y mediana empresa de las industrias culturales, incluyendo el denominado Tercer Sector Audiovisual.



Frente a la paulatina retirada del Estado y la creciente internacionalización y mercantilización del sector cultural, la mayoría de gobiernos de progreso de América Latina ha liderado nuevos procesos y políticas de socialización que, a medio y largo plazo, sin duda pueden determinar el impulso de la industria de contenidos local y el desarrollo de la creatividad y las identidades culturales de las economías periféricas, incidiendo positivamente en el empleo y calidad de la producción simbólica, así como en el estatuto y rol de los trabajadores intelectuales.

En las siguientes páginas, se examinan algunas de las principales tendencias y contradicciones históricas y político-culturales del proceso que está experimentando el subcontinente latinoamericano, discutiendo los principales resultados arrojados del análisis e investigación sobre las políticas comunicativas y culturales en la región, a fin de esbozar, de forma sucinta, propuestas y líneas deseables de futuro para el desarrollo de la investigación en esta materia.

## **II.- CAPITALISMO COGNITIVO Y LUCHA POR EL CÓDIGO.**

Con el proyecto estadounidense de expansión internacional de la denominada Sociedad Global de la Información, la capacidad de creación y desarrollo de recursos informativos se ha venido definiendo, en la era del Capitalismo Cognitivo o de Economía de la Cultura, en uno de los vectores estructurales que distingue los perfiles y presencia de las diferentes culturas en el escenario de convergencia global de los sistemas y medios de comunicación telemáticos en una suerte de lucha por el código, como factor determinante de la proyección económica y nivel de desarrollo de las diferentes economías en la nueva sociedad del conocimiento que viene prefigurándose a escala global. El estudio de las características y perfiles de la nueva sociedad cognitiva es, por lo mismo, un reto fundamental para campos científicos como la Economía pero, en especial, para las Ciencias de la Comunicación, dada su centralidad en el nuevo universo social en virtud del papel articulador que tiene la hipermediatización de las representaciones sociales.

En este sentido, si como venimos razonando, en la era de las redes globales de información y comunicación, las políticas de comunicación y cultura tienen una función estratégica en relación al proceso de desarrollo social, parece lógico pensar la importancia y pertinencia que adquiere todo análisis y concepción, por teórica que esta aparentemente resulte, en los procesos de mediación social, pues de un modo u otro contribuimos con ello a dar forma y determinamos el marco global de las transformaciones mundiales en esta materia, más aún en un tiempo de mudanza e inestabilidad como el que vivimos.

Las fusiones empresariales en el campo de la información y la comunicación que están definiendo los usos y formas de integración social de las nuevas tecnologías como medios de información y conocimiento productivo plantean a este respecto numerosas cuestiones que afectan a realidades políticas, culturales, económicas, educativas y territoriales que exigen un atento estudio sobre las implicaciones sociocomunicativas

**Director: Prof. Francisco Sierra Caballero** - Despacho D7 - Facultad de Comunicación

Avenida Américo Vespucio, s/n - Isla de la Cartuja - 41092 - Sevilla - España

954 559 683 - 676 692 764 - fsierra@us.es - www.compoliticas.org

**Social**

de la nueva cultura mediática. Pero exigen de nuestra parte una nueva mirada a partir de perspectivas sobre los desarrollos conceptuales y herramientas de análisis del actual entorno informativo, que permitan a nivel micro, y desde el punto de vista de la configuración macrosocial, el diseño de políticas de comunicación y cultura justas y equilibradas en un entorno paulatinamente posnacional y complejo, si consideramos no sólo los procesos de integración supranacional (TLC, MERCOSUR, ALBA, CAN, . . .), sino, más allá aún, las emergentes formas cosmopolitas, complejas e híbridadas de las nuevas generaciones de nativos digitales.

Ante la constatación de este marco, observamos sin embargo cómo el desarrollo de estructuras informativas y mercados culturales emergentes están alterando de forma significativa la organización del sector de la comunicación y la cultura sin que, de momento, la investigación comunicológica aborde las complejas consecuencias de la actual dinámica del mercado, en especial en regiones vulnerables y periféricas como América Latina, pese al ciclo de luchas y procesos de regulación que tienen lugar en la región. Una primera contradicción notoria que se puede observar en el campo es la constatación de que el análisis comparado de las políticas nacionales e internacionales de implantación de las redes telemáticas y la crítica del impacto que estas transformaciones están teniendo en las esferas micro de los espacios y sistemas institucionales de organización social no ocupan el interés que se merece por la comunidad científica latinoamericana, entre otras razones por la falta de estructuración supranacional del campo científico, y su baja potencia y poder de impugnación y cuestionamiento crítico de la realidad de la globalización informativa y, por otra parte, por el dominio, desde la década de los ochenta, de la perspectiva culturalista en los estudios en comunicación. Si bien las luchas por el dominio de la representación y la titularidad de los medios exige perentoriamente un enfoque integral estratégico en la agenda de investigación para tratar de ilustrar y ofrecer herramientas de evaluación sobre la multitud de problemas que afrontan los países de la región, en el actual contexto histórico, los estudios en comunicación han permanecido, por lo general, ajenos a las luchas por el código que los movimientos sociales y las culturas populares vienen planteando frente al monopolio reforzado en el ciclo de políticas neoliberales que rigieron en el subcontinente desde la década de los ochenta en el sector de la comunicación y la cultura y las telecomunicaciones. En esta línea, un reto y objetivo político prioritario en la región es comenzar a discutir y repensar, tal y como hace tiempo viene reconociendo el propio García Canclini, la centralidad económica, política y cultural de la Sociedad de la Información. Tema, como decimos, determinante pero que, en Latinoamérica, apenas ha sido desarrollado, en buena medida porque las economías y los Estados débiles – en términos de Negri y Cocco – no han propiciado el conocimiento e inteligencia social necesaria para salir de esta paradoja, concentrándose actualmente el esfuerzo inversor de la Administración Pública en I+D, con relación a este rubro, en proyectos netamente tecnológicos o de clara orientación instrumental, mientras las Ciencias de la Comunicación se debaten en la perplejidad del cambio digital sin apenas capacidad de reacción e iniciativa, y desde luego sin recursos. Pero como en todo tiempo de mudanza, soplan también vientos de otra intensidad y dirección. En el último lustro, han tenido de hecho lugar en la región diferentes experiencias locales y alternativas potencialmente movilizadoras que apuntan la

**Social**

posibilidad de reordenamiento y recuperación de la palabra y el compromiso epistemológico con otra agenda posible. Es el caso por ejemplo del denominado movimiento Ibercom, de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC) o de la Cumbre Iberoamericana de Comunicadores, propuestas que, con más o menos acierto, vienen dejando en evidencia la necesidad de estudios comparados, de plataformas supranacionales de encuentros y espacios de interlocución compartidos por investigadores, profesionales y organizaciones cívicas a uno y otro lado de ambos continentes con un similar objetivo: pensar y transformar las formas de comunicación, a partir del conocimiento crítico-reflexivo de los diversos problemas históricos, tecnológicos, cognitivos, ideológicos y culturales de los nuevos medios y mediaciones informativas que se discuten en el campo de las Ciencias de la Comunicación; un trabajo o tarea intelectual que debe ser capaz de propiciar una política común en el espacio regional entre diferentes tipos de actores del campo de la comunicación y la cultura. La iniciativa, ciertamente, no es nueva, pero sí necesariamente revitalizada hace relativamente poco tiempo, tras un paréntesis de renuncia al pensamiento crítico y al diálogo cultural. Pues si bien ha ocupado muchos de los encuentros de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC) y de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), la reflexión crítica sobre la identidad cultural y el espacio de integración política y económica de estos países del hemisferio occidental, ha seguido la deriva apolítica ajena, o incluso en contra de los procesos vividos en la región.

**III.- DIVERSIDAD CULTURAL Y EPISTEME DE UNA POLÍTICA DE COMUNICACIÓN POSIBLE.**

Si la cultura más que un sistema cerrado constituye una posibilidad, la potencia creativa del límite, siempre abierta a nuevas preguntas y reformulaciones, qué duda cabe que la cultura latina puede y debe ser redefinida, impulsada al calor del nuevo marco de relaciones internacionales y de construcción de una *cultura en común* ante las actuales dinámicas de desarrollo de la Sociedad de la Información y del Conocimiento. Es el momento, pues, a nuestro juicio, de dilucidar los compromisos académicos de la investigación en comunicación, si de proyectar nuevos escenarios de futuro sostenibles y con garantías de autonomía para el desarrollo se trata, mediante la identificación de los elementos comunes que pueden contribuir a la configuración de un nuevo marco de integración y convergencia regional en la era de la información, apuntando los horizontes y retos político-culturales de “lo latino” en lo que algunos hemos convenido denominar Capitalismo Cognitivo.

Partimos para ello de una idea matriz: el propósito de este ejercicio teórico no puede resultar más pertinente y oportuno en el actual contexto histórico. Pues el recobrado interés por las identidades que nos vinculan y distinguen tiene lugar precisamente cuando se están fijando nuevas demarcaciones culturales, nuevas formas *invisibles* de de/limitación, que establecen márgenes de libertad y restricciones, estructuras desiguales e injustas de división internacional del trabajo cultural que nos excluyen y *limitan*, imponiendo espacios domésticos de reproducción que esterilizan la

### **Social**

capacidad de nuestras culturas populares para crecer y subsistir en el nuevo dominio científico-técnico de la Sociedad del Conocimiento. En esta deriva lógica de distinción y ordenamiento, el reconocimiento de los *lugares comunes* que nos vinculan y, de algún modo, nos afectan vuelve a incidir en los tópicos ilustrados de un orden del discurso potencialmente liberador, pero en la práctica poco o nada productivo. En él, se insiste que, en efecto, es manifiesta una íntima y genuina tradición cultural que nos conecta y compromete en la común herencia y las historias paralelas de colonizaciones, devenir político y transformaciones recientes de nuestra contemporaneidad, en un territorio marcado por una peculiar dialéctica de tradición y modernidad, de integración y aislamiento, de expansión y colonización, a la vez que de mestizaje y convulsa creatividad originaria que proyecta globalmente excelentes ejemplos de la importancia y riqueza de esta diversidad cultural. La historia compartida, de este espacio común imaginario, parafraseando a Benedict Anderson, conforma, en efecto, un patrimonio cultural diverso capaz de definir un proyecto económico, político y cultural que podría servir, como nunca antes, en nuestra historia como proyecto político, articulando una peculiar posición periférica que, transformando la necesidad en virtud, permitiera proyectar en mejores condiciones, frente a la actual situación claramente de subalternidad, las identidades y expresiones autóctonas, más allá, desde luego, de los muros simbólicos y las aduanas económico-culturales que mantienen aislados en una estéril diferencia, los modelos y matrices de esta rica biodiversidad, en virtud de la indiferencia ante la suerte o deriva del aislamiento del “Otro”, o, en palabras de García Canclini, por la tradicional desigualdad y desconexión de la realidad latinoamericana en la era de las redes y la conectividad global.

La importancia y necesidad de una alianza latina en la defensa de una posición común que, a partir del propio legado y potencial económico-cultural, fortalezca el papel de interlocutor y mediador en las relaciones internacionales, no sólo ante centros de poder como la UE, sino en el marco de la división internacional del trabajo cultural, ante el lobby angloamericano de las megaempresas multimedia dominantes y del modelo de estructuración jerarquizada de los modelos y patrones culturales que se perfila al amparo del nuevo proceso de reestructuración capitalista, constituye, vaya por delante, una premisa, a nuestro modo de ver, incuestionable del diagnóstico del tiempo histórico y político que vive la región.

Ahora bien, un discurso tal y la praxis política que implica pasa, necesariamente, si ha de resultar efectiva, por tratar de pasar del imaginario del aislamiento y la afirmación de la diferencia a una afirmación del ser latinoamericano como la figuración antagonista de lo Otro, o los otros, las voces no asimiladas, irrepresentables o invisibles, inasibles y resistentes a lo hegemónico, como la insurgencia de pueblos de frontera *invisibilizados*, la perfecta anomalía salvaje, el *locus* y *humus* de un apego insondable a la tierra y la cultura, característica, a decir de algunos expertos, de la cultura ibérica y, por extensión, o como resultado de los diversos flujos migratorios experimentados en la región, del proceso sui generis y diferenciado de modernización y desarrollo.

Esta, no obstante, no es la única característica definitoria de la cultura regional a la hora de repensar las políticas públicas en comunicación. Los procesos de hibridación entre formas autoritarias de soberanía oligárquico-esclavista coloniales y formas de

**Social**

modernización desarrollista dirigidas por las élites tecno-burocráticas de los Estados nacionales y el poder económico de las antiguas metrópolis o del centro del sistema económico internacional han marcado también históricamente el proceso de construcción de los sistemas informativos y del espacio público en la región. La forma-Estado nacional ha sido, como resultado, débil, con insuficiente autonomía, subordinada a las relaciones imperialistas o interimperialistas de organización, de acuerdo a estructuras de biopoder patriarcales y racistas. En este marco, y condicionados por el discurso del determinismo tecnológico y de la economía política de la Aldea Global, los países latinoamericanos han estado sujetos a un intercambio cultural adverso y desigual en las relaciones de fuerza con las naciones del centro del sistema mundial, dando lugar a estructuras comunicativas altamente concentradas traduciéndose, habitualmente, en una economía de las industrias culturales totalmente dependiente del consumo y de las condiciones definidas por la división internacional del trabajo cultural. Los escasos estudios comparados en la materia (Mastrini/Becerra, 2006) demuestran una estructura oligopolista, restrictiva y desequilibrada de la comunicación, con pocos o nulos márgenes de pluralidad política, ideológica y cultural. Ello explica en parte las consecuencias desestabilizadoras de los procesos de regulación en la región, que van desde el golpe de estado mediático (Venezuela, Grupo Cisneros), a la presión y campaña de desprestigio (Argentina, Grupo Clarín), pasando por la judicialización y propaganda negra contra la presidencia del gobierno (Ecuador, El Universo). Este último caso, el de la República de Ecuador, es ilustrativo del proceso de regulación, que lleva más de dos años y medio, confrontando el lobby de la industria periodística privada que domina el mercado nacional.

El proyecto de Ley de Comunicación Social que, por vez primera en la historia del país, propone un modelo democrático de reparto equitativo de las frecuencias (33% para medios públicos; 33% privados y 34% para el Tercer Sector y los medios comunitarios), ha sido objeto de una campaña de críticas de los operadores privados que han presentado, de forma sesgada, la propuesta normativa como un ataque a la libertad de expresión con variopintas argumentaciones que van desde considerar a los medios comunitarios progubernamentales a identificar la instancia reguladora del Consejo Estatal de Medios con un tribunal de censura a priori, pasando por la defensa del derecho privado de las empresas concesionarias que tendrán que renunciar a la titularidad de parte de sus empresas para cumplir con la nueva estructura de reparto del espectro radioeléctrico. Si bien, lo cierto, es que la Ley, una de las más avanzadas, junto con la regulación argentina, tiene el mérito de reequilibrar las voces y actores que acceden al espacio público, como las comunidades indígenas, contribuir a la producción de contenidos locales (40% de la producción ha de ser nacional, y de ella 10% producción independiente), y suprime monopolios privados, habituales en algunos departamentos y regiones del país. En la actualidad, el 85.5% de las frecuencias radiales es privado (994 estaciones y sus repetidoras), y sólo el 12,9 % público. La existencia de medios comunitarios es marginal (19 radios autorizadas en los últimos años, un 1,6% del total de la estructura de medios). En el caso de la televisión, la situación es similar, el 71% de las frecuencias es privado y sólo el 29% es público. Ante este escenario, el gobierno de Ecuador, como antes Argentina o Venezuela, se propuso, en coherencia, un proceso de democratización que, dada la paradójica situación de mediación interesada del sector privado, ha terminado convirtiéndose en el núcleo neurálgico de la lucha por el

**Social**

código y la hegemonía durante toda la legislatura en el proceso de confrontación política nacional. Tal y como describe en su tesis, la profesora Rocío Orlando, “el periodismo tradicional se encuentra hoy en una encrucijada en la mayoría de los países de América Latina. La llegada al poder de gobiernos de signo progresista en ciertos países de la región desde los primeros años del Siglo XXI, pateó el tablero de la configuración de relaciones de fuerzas. En ese movimiento, los medios de comunicación privados, cuya naturaleza ya se había alejado tiempo antes del puro ejercicio de contralor de las instituciones democráticas, abrazaron con fuerza su actoría política, desplegando discursividades abiertamente propagandísticas y corporativistas, dispuestos a disputarle directamente la palabra política a los distintos gobiernos nacionales. De este modo, en el contexto regional de 2009-2011, la comunicación mediatizada se ha convertido en un verdadero campo de batalla político, en el que distintos agentes se disputan la construcción de sentidos hegemónicos sobre el modelo de estado y de democracia. En efecto, en los años recientes, en diferentes países, las abiertas disputas entre empresas mediáticas y gobiernos nacionales, se han transformado en una de las líneas de conflictividad política más importantes, en el contexto de estados reformados” (Orlando, 2012: 5 y 6).

Esta particular dialéctica está, sin embargo, siendo significativamente alterada por lógicas autónomas que trascienden el marco político tradicional. Se observa, en primer lugar, una nueva subjetividad política, nuevas luchas y formas de resistencia cultural de los movimientos y actores sociales, que tratan de transformar el espacio público de los débiles Estados nacionales en favor de un espacio abierto y plural, común a todos los actores en el nuevo horizonte político-económico posnacional. Paralelamente, la existencia de distintos acercamientos y estrategias de desarrollo de países como Brasil, Venezuela o Argentina, pone de manifiesto la importancia de una alianza y posición común que, a partir de un legado y potencial económico compartido, fortalezca el papel de interlocutor y mediadores culturales en el nuevo sistema internacional, más allá de iniciativas como Mercosur o el ALBA.

Ahora bien, a fin de garantizar un proyecto sostenible de futuro, la Comunicología latinoamericana debe redefinir los marcos lógicos de observación. Para el éxito de esta empresa de integración regional es preciso promover el ejercicio de pensar y forzar los límites, de desenmascarar las máscaras, de construir en común una “cultura de frontera”, de frentes culturales, y de confrontación productiva de formas de sentir e imaginar comunes y distintas, realimentando el patrimonio territorial y geopolítico común, la penuria y el subdesarrollo estructural que les define como culturas marginales o periféricas, en comunión por la reivindicación de las necesidades de desarrollo territorial y colectivo de otras periferias y modos de enunciar que habitan en el mundo, en nuestro mundo colonizado y explotado; entre otras razones, porque , como venimos apuntando, los procesos de formación del Estado en América Latina, vale decir también en Iberoamérica, se asienta sobre las bases patriarcales y esclavistas de un Estado oligárquico primero, corporativo luego y finalmente nacional-desarrollista que no permite hoy garantizar los derechos culturales de la ciudadanía en la era global del neoliberalismo.



**Social**

Como apuntábamos páginas más arriba, desde el punto de vista conceptual, parece lógico que, en el mundo que está conformándose con la globalización de la sociedad-red, la cooperación en comunicación y cultura reformule sus visiones y estrategias tradicionales para asumir una visión federalista y supranacional, o mejor aún, posnacional, que trascienda la mirada bilateral hoy dominante en nuestro ámbito de actuación, a fin de trascender, en la era del modo de organización imperial, los limitados márgenes de maniobra de las políticas culturales que vienen dados por la perspectiva del Estado-nación, cuando más necesario es, precisamente, aprender a pensar sin Estado, o, más exactamente, cuando más necesitamos redefinir nuestras estrategias y las relaciones de dominación en la comunicación y la cultura global, más allá de las fronteras y de las delimitaciones artificiales de control político-militar de reorganización de los flujos de mercancías y capitales que han marcado desde el siglo XIX la historia político-cultural de la región. Este sin duda alguna es el principal reto de la globalización para la defensa de un nuevo espacio multivalente, complejo y productivo de cooperación y promoción de la diversidad cultural. Para ello, es preciso un diálogo intercultural crítico y creativo. No basta mirar u oír las creaciones y modelos culturales allende las fronteras, como siempre ha venido proponiendo el iberismo intelectual, desde hace más de un siglo. De acuerdo con Boaventura Sousa Santos, es preciso una epistemología del sur y para el sur. Para entender al Otro hay que convertirse en intérprete, y mejor aún en objeto interpretado. En este empeño, las culturas populares latinoamericanas disponen para ello, como ventaja, de la potente creatividad y vitalismo irreductibles a la gramática del Capital. La “mentalidad de Poniente” (Lourenço dixit) - el viejo sentido de la tierra, de la propiedad, los hábitos y modos de vida - constituye un material difícilmente absorbible por el Capital, que pone por condición primera la falta de *hábitos*, en un mundo *inhabitable*. . Y este no es un capital, o cultivo social cualquiera, es el potente ecosistema de vida que nos permite seguir pisando suelo firme en un tiempo en el que, como decía Marx, todo se disuelve en el aire.

Por ello, en buena medida, el empeño del proyecto de reconstrucción de la Comunidad Latinoamericana de Naciones en la construcción de la Sociedad de la Información debe partir también de un compromiso y esfuerzo de pedagogía política de la memoria que actualice las lecturas convergentes y disímiles de republicanismo, dictaduras, modernidades, transiciones, y, desde luego, de imperialismos y colonizaciones varias, a la hora de perfilar, siguiendo el espíritu McBride, las estrategias de cooperación en la materia. El Capital, desde luego, no tiene memoria, pero la cultura sí. Toda fórmula o pretensión cultural de “lo latino”, si no quiere ser una forma reactiva o arcaísmo ingenuo, pasa por la interpretación del pasado y del presente-futuro, desde el punto de vista utópico, esto es, como anticipación y voluntad transformadora de un futuro común. Evocar y reivindicar la cultura común ha de ser una forma de resistencia intelectual y político-cultural. Especialmente cuando hoy se piensa el desarrollo cultural desde una visión idealista, poco o nada reivindicativa, según una visión *mitopoética* que trata de exaltar las tradiciones sin acometer las complejidades y potencial de la cooperación que alumbró el movimiento de países no alineados en los años setenta y el liderazgo del NOMIC en la UNESCO.



## **IV.- COOPERACIÓN REGIONAL Y COMUNICOLOGÍA. EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD REGIONAL.**

En la construcción de un ecosistema latino de comunicación y cultura regional, la primera tarea pendiente de la Comunicología latinoamericana debe ser tratar de avanzar protocolos de validación, organización interna y proyectos de trabajo conjuntos que contribuyan al desarrollo de la formación e investigación en comunicación conjuntamente, en el actual proceso de transformación tecnológica de la era digital. Empeño que pasa por comenzar a valorizar, los principales rasgos de la cultura común como base epistémica y matriz conceptual de las políticas públicas. A saber:

- 1. La rica y compleja diversidad de la cultura popular.** Las ferias, músicas, olores, colores y memoria cultural de los pueblos de América Latina y el Caribe, como los de la Península Ibérica, se han distinguido tradicionalmente por una fuerza y potencia creativa dignas de consideración. Relatos y leyendas, paisajes y espacios sociales dan cuenta de unas sociedades ricas, creativas y diversas, de compleja configuración cultural, tejida en redes sociales basadas en el arte de la conversación y en la mixtura y adaptación creativa. Bien es cierto que, como explica Stephen Millar, la conversación, como arte, como forma de construcción de lo público, es una práctica en decadencia a partir del siglo XVIII, con la consiguiente crisis de lo público, o la subsunción de la opinión pública, a decir de Habermas, por los medios o industrias de reproducción informativa. Pero no todas las formas de modernidad han sido así en la región. Y la labor de una política de comunicación coherente es reconstruirla. Más aún considerando su importancia estratégica. Pues hoy, en la era de la cultura blog como dispositivo expandido de conversación multilateral y semipública, la cultura popular latinoamericana tiene la posibilidad de proyectarse como poseedora de este arte y poder de ligar, de vincular, desde la oralidad, hablando por hablar. La conversación como flirteo, como liberación promiscua de la palabra, la charla sin pincel, el trazo grueso de la derivación incomprensible siguen marcando las formas de producción del espacio público en América Latina. Este capital cultural se proyecta no sólo en la fuerza del idioma, por lo demás diversa en sus



## Social

modalidades, acentos y modos de enunciación, sino sobre todo en una potente e irreductible cultura oral, resistente a todo despotismo ilustrado y a *las lógicas logocéntricas* colonizadoras y foráneas que han tratado de imponerse sobre los códigos culturales autóctonos, por ejemplo a través de los proyectos de construcción nacional de la modernidad desarrollista que se han sucedido en la región en virtud, parafraseando a Boavensura Sousa, de lógicas epistémicas abismales. Considerando la riqueza y valor de esta tradición cultural, toda política de cooperación en comunicación y cultura debería centrar, en consecuencia, sus acciones o iniciativas de intervención en los operadores cognitivos y semánticos de las formas de la tradición de esta cultura común, privilegiando, frente a la visión enciclopédica y elitista, la galaxia audiovisual, por ser esta la más apropiada, según argumentaremos, para proyectar el capital simbólico socialmente disponible por la población de estos países en los mercados internacionales, poniendo así en valor el capital compartido desde el punto de vista de su inventiva y la original expresión de lengua y habla. No en vano, como dijera Lezama Lima, los pueblos que habitan nuestra región se caracterizan por una gran capacidad de resistencia, e incluso más allá aún por una gran capacidad de reconquista indicativa de tres propiedades fundamentales de la potencia de los marcos de identificación de las culturales populares latinoamericanas: la adaptabilidad, la inventiva o creatividad, y, complementariamente, la cultura de la reciprocidad, propiedades en parte atribuibles a las culturas populares y sus formas de reproducción expandida.

- 2. La cultura del mestizaje.** América Latina constituye, por otra parte, un territorio y geopolítica de la cultura de grandes simbiosis y colonizaciones, de migraciones y mestizajes varios que deben definir un marco conflictivo y liberador de toda política de diversidad cultural en los medios, ya que la riqueza y aportaciones, físicas y simbólicas de esta historia común alimentan aún hoy culturas e identidades fuertes por su apertura al exterior, originales por sus puertas abiertas a los puentes de comunicación con otras civilizaciones y potencialmente autónomas en la capacidad de proyectar nuevos contenidos y códigos de representación y, lógicamente, de politizar, como en el caso citado de Ecuador, el acceso a la palabra de minorías como los pueblos indígenas. El original sincretismo que ha marcado las historias locales del subcontinente, fruto de diversas movilidades y cambios históricos de largo recorrido, da cuenta, en este sentido, de un potencial insuficientemente explorado en las agendas de política pública e investigación en comunicación, a la hora de explorar y comprender la confluencia y cruces de culturas precolombinas y migrantes, la producción de múltiples mediaciones e hibridaciones creativas en el origen de otra modernidad posible y sensible a esta rica diversidad. La diferencia debería constituir, en este sentido, un capital social de obligada referencia en la creación del poder constituyente y las posibilidades del desarrollo regional, al articular nuevas formas de *alteración* y organización

**Social**

del capital simbólico. Pues en la era de la denominada Economía Creativa la diversidad es la condición de expansión y desarrollo contemporáneo, esto es, la base o reserva de generación de valores inmateriales e intangibles para la sustentabilidad de las economías y ecosistemas culturales locales.

- 3. La participación.** La proliferación de medios comunitarios constituye, finalmente, una divisa y signo de distinción de la historia de la comunicación regional, que por su importancia ha terminado por imponerse como referencia incluso en el ámbito científico, además de ser reconocida, recientemente, en las políticas públicas nacionales, con independencia del signo político del gobierno de turno. La tradición de la comunicación participativa desde la educación de adultos y popular de Paulo Freire a los telecentros comunitarios, de Luis Ramiro Beltrán pasando por colectivos de educadores populares como la asociación Calandria, da cuenta, en este sentido, de una experiencia y una visión abierta de la comunicación social de obligada referencia en las políticas de cooperación y definición del espacio regional latinoamericano. La democracia participativa, o la defensa de la participación como cultura comunicacional, es además un reto estratégico, pues atañe directamente al problema de reconocimiento de la ciudadanía en Estados nacionales débiles, con un espacio público concentrado, fuertemente clasista y dominado por la discriminación racial, en el que amplios colectivos de población reivindican su derecho a la palabra por falta de canales de acceso y visibilidad en el espacio informativo institucional, hasta hace poco tradicionalmente marginados de toda voz y acceso al sistema informativo. Si se trata de procurar una nueva ciudadanía cultural latinoamericana, cabría cuestionarse en este sentido si es viable un espacio común sobre las bases inconsistentes de Estados nacionales debilitados y en menguante potencia reguladora o más bien si no sería conveniente, por el contrario, definir un sistema sobre los derechos de la comunicación no realizados en el marco nacional, a fin de permitir el *empoderamiento* de estos actores sociales como base de construcción de la comunicación y la industria cultural regional, especialmente contradictorio y rico en el caso de las luchas indígenas, tal y como testimonian experiencias como AMARC o ALER en la región.

## **V.- AGENDA PARA LA ACCIÓN.**

A partir de los rasgos característicos de la comunicación y la cultura regional señalados, la Comunicología y las políticas públicas en la materia, debieran repensar, primero, cómo construir la ciudadanía cultural en una región marcada por *identidades fractales*, por fugaces modelos culturales de integración en el marco de débiles Estados-

**Social**

nación impugnados por la insurgente voluntad de subsistencia indígena e incesantes flujos migratorios, por formas de integración económica dependiente y desequilibrios en los consumos culturales.

A modo de anotaciones al margen y esbozo programático, quisiéramos apuntar algunas líneas de desarrollo fundamentales en esta línea para conformar una agenda de trabajo en la materia:

1. Observatorios de comunicación y políticas culturales. Iniciativas municipales como la ciudad de Buenos Aires, o propuestas ciudadanas como las Veedurías en Lima apuntan la pertinencia de construir puentes de articulación entre la comunicación y la cultura más allá del Estado-nación, promoviendo plataformas de investigación y desarrollo en el marco de las capitalidades culturales o los principales nodos de conexión del capitalismo periférico en la región. Una de las tareas pendientes de estas instituciones es la definición de indicadores de desarrollo y la generación de Libros Blancos de la Comunicación que sienten las bases de una cooperación cultural efectiva a escala regional, o incluso en unidades territoriales de proximidad, con suficiente conocimiento de causa para la toma de decisiones, tareas estas aún pendientes de reconocimiento y valoración en las políticas públicas que tienen lugar en la región, pese a su importancia determinante. Pues estos observatorios pueden cumplir una función estratégica como espacio de referencia de los esfuerzos de articulación de redes de gestores políticos de comunicación y cultura, identificando los principales sistemas de información propios, así como los expertos y conocimientos socialmente disponibles en el proyecto de construcción del mercado y la industria cultural regional, carencia notoria tanto en países con tradición científica fuerte en Comunicación, como México o Argentina, y, desde luego, con escasa proyección o desarrollo del campo de conocimiento como es el caso de Bolivia o Ecuador.
2. Redefinición de las políticas de cooperación. Del mismo modo, es preciso procurar una política de cooperación multilateral y polivalente, para pasar de la transferencia de tecnologías o saber-hacer, en línea con la política de difusión de innovaciones, a la cultura de la convergencia y la cooperación activa. Hasta la fecha, la cooperación multilateral entre países, lejos de garantizar la diversidad ecológica del sistema mediático, están resultando coartadas para legitimar un proceso, calificado por otra parte como imparable, en función del modelo capitalista de desarrollo económico liberal, que hoy llega a resultar cuando menos alarmante incluso para la propia UNESCO, a la luz del diagnóstico de la situación crítica de dependencia de las “culturas periféricas” en el mercado global de la comunicación. Así, la política de cooperación en América Latina viene cada



## Social

día más condicionada por los intereses económicos estratégicos de operadoras como Telefónica, quedando supeditada la visión político-cultural a los criterios instrumentales de crecimiento económico y ampliación del mercado. Si aceptamos la hipótesis de la ineficaz consecución del mercado regional a partir de los intereses de este tipo de actores en el sector de la comunicación y la cultura regional, parece necesario redefinir, en consecuencia, los parámetros y criterios de actuación a largo plazo de las políticas de cooperación regional, desde una perspectiva crítica introduciendo, además de la propuesta de Brasil de cooperación Sur-Sur, otra agenda y visión epistémica desde abajo para recuperar, como se sugería líneas más arriba, las culturas populares, en su oralidad, diversa configuración y aceptación de la diferencia.

3. Empoderamiento de lo hispano o latino. Mesoamérica, Pacto Andino, MERCOSUR, ALBA. . . Hoy existen numerosas formas de integración política y económica en la región que, junto a la compleja y diversa realidad económica de las industrias culturales, hacen difícil el reconocimiento de un horizonte común de progreso que valore lo latino en su matriz o rica diversidad. Lejos no obstante de pretender unificar los espacios e iniciativas de cooperación, la idea de priorizar la valorización de lo latino trata, por el contrario, de definir distintas regiones culturales y, en consecuencia, diferentes plataformas multilaterales de cooperación que converjan o actúen complementariamente en el mercado regional. En este proceso, es vital el reconocimiento de lo propio y común, como apunta Renato Ortiz, a partir de nuestros espacios lingüísticos, los de la lusofonía y el mundo hispánico, pero también la defensa y afirmación de las lenguas indígenas como patrimonio inmaterial a valorizar. En este sentido, parece vital y conveniente defender la diversidad cultural y procurar una política de cooperación basada en el reconocimiento de las diferencias para proyectar en el sistema global de comunicación la potencia creativa y especificidad cultural, que debe ser puesta en valor, expresada y defendida en las políticas públicas para construir las historias y códigos culturales en un mismo espacio cultural imaginario.
4. La identidad negada de la cultura indígena. En este sentido, un compromiso estratégico de la cooperación en comunicación y cultura es la recuperación de la memoria colectiva, de las luchas y frentes culturales perdidos o conquistados, de la actualización en fin de la historia común reivindicando la emergencia de las culturas negadas en la modernización latinoamericana. Especialmente en lo que se refiere al debate de los años setenta sobre comunicación y diversidad cultural, las discusiones sobre soberanía y modelos de desarrollo, la exclusión de minorías étnicas y



## Social

lingüísticas en la comunicación internacional, o las formas de control ideológico y hegemonía neocolonial, hoy deben ser revisadas dando el lugar que no tuvieron a las identidades silenciadas o reprimidas del indigenismo, cuya tradición milenaria debe ocupar una función protagonista en la defensa de una política de cooperación que asuma radicalmente el principio de diversidad cultural. Llama, en este sentido, la atención de que, pese a los avances en la regulación del sistema informativo y en el derecho de acceso de estas minorías, la investigación en comunicación regional margine en los currículos y políticas científicas la teoría y práctica de esta realidad emergente, siendo episódica o invisibilizada como objeto de estudio y agenda de trabajo la rica pluralidad de las luchas y manifestaciones culturales nativas y sus mediaciones tanto en los medios comunitarios como en el espacio público.

5. El protagonismo del Tercer Sector. El contexto internacional de interdependencia plantea nuevas relaciones entre política y producción cultural y entre gobierno y movimientos sociales. El proyecto de una ciudadanía cultural latinoamericana, en el marco de Estados-nación débiles y un mercado dependiente o periférico, exige desde este punto de vista, reforzar las políticas de participación y desarrollo con mayor protagonismo del Tercer Sector. Si el Príncipe no ocupa su espacio y el Mercader favorece un tipo de intercambio al margen de los intereses del mercado y productores locales, parece lógico imaginar otro sujeto o eje de intervención en las políticas públicas de cooperación. En este marco, la función de las políticas de comunicación y cultura debe ser, de acuerdo con García Canclini, la promoción, dinamización y desarrollo cultural con nuevos actores. Pero para garantizar el reclamo de diversidad cultural deben ser favorecidas las políticas activas de promoción de plataformas intersectoriales e interinstitucionales de aquellos territorios y sectores de la comunicación y la cultura amenazadas por una liberalización autoritaria que concentra los recursos, despilfarra las fuentes de creatividad social y anula, por lo general, los derechos ciudadanos sobre los bienes y servicios culturales de dominio público. Y, en este proceso, es vital el papel del Tercer Sector y del movimiento altermundialista, que, a su vez, debe pasar de la lógica de la negación a la estrategia de la programación politizada del campo de la comunicación y la cultura a nivel estatal, regional y supranacional, cambiando, para ello, lógicamente, de enfoque y ángulo de visión de las políticas públicas en la materia.

6. Fomento de la industria radiotelevisiva y musical. Reseñada la importancia en la cultura popular latinoamericana de la cultura oral, parece claro, a raíz

**Social**

de los análisis de los logros y obstáculos de construcción del mercado regional, que han de cambiar las prioridades de las políticas públicas, procurando invertir esfuerzos y recursos en dos pilares de la cultura común del espacio regional: la cultura audiovisual, ámbito abandonado tradicionalmente en las políticas internacionales de los operadores públicos de televisión, aún existiendo experiencias importantes como ATEI; y la industria musical, cuyo imaginario, en el mercado global, sitúa a la cultura latina como un claro exponente de creatividad y tradición cultural específica, tal y como viene demostrando en el Caribe el profesor Georges Yúdice. Falta, no obstante, un mayor conocimiento e iniciativas dirigidas a ambos sectores, frente a la preeminencia de la política de bellas artes, centrada por ejemplo en el cine, o la promoción de la galaxia Gutenberg, en beneficio del sector editorial foráneo (caso Planeta o McGraw Hill).

7. Replanteamiento de la doctrina y la política de derechos de autor. Por último, como advierte Negri, la fuerza de trabajo inmaterial requiere libertad para expresarse y producir (Negri/Cocco, 2006: 169). Frente a los cercamientos, a los bloqueos y apropiaciones privadas, la política cultural de cooperación latinoamericana debiera, en consecuencia, poner en contacto a los trabajadores de la industria de la comunicación y la cultura, garantizando la liberación de las energías creativas. Ello pasa por el replanteamiento de las políticas públicas de gestión de los derechos de propiedad intelectual, tratando de promover los derechos colectivos, y las lógicas de *lo procomún*. Una tarea prioritaria, en esta línea, de la Secretaría Iberoamericana de Telecomunicaciones es revisar los principios y visiones, los métodos y objetivos de la política angloamericana hoy hegemónica, jurídica e ideológicamente, en el desarrollo de la Sociedad del Conocimiento. Si el problema de la comunicación y la cultura en nuestro tiempo es la lucha por el código, por la apropiación de lo inmaterial, por el patrimonio cultural común, sujeto a un proceso de progresiva desmaterialización y desterritorialización objeto a su vez de un intensivo intercambio, el nuevo derecho público de la producción intelectual, el reconocimiento de la autovaloración y de las diversas formas de autoproducción (de las favelas, del sector terciario informal, de la libertad de circular en red), debe realizarse garantizando una esfera pública que reconozca las dimensiones productivas de la ciudadanía y los intereses colectivos frente al modelo tradicional de acumulación y apropiación de los bienes culturales. Más allá del Estado y del mercado, la renuncia a cuestionar el sistema de patentes y de derechos de propiedad intelectual socava las posibilidades del pacto social necesario para la realización de los derechos culturales en la región. Por ello, no es posible pensar un proyecto de cooperación sin impugnar el actual sistema internacional de regulación de estos derechos. Y, de momento, salvo la tímida tentativa de



**Social**

Argentina y Brasil, en América Latina no se ha planteado alternativas políticas en su estrategia de posicionamiento, salvo para cumplir fielmente las exigencias de la OMC y de las normas angloamericanas de explotación mercantil del sector de la comunicación y la cultura, en contra, incluso, de sus propios intereses.

Claramente, de la capacidad de respuesta a este y otros retos de futuro, dependerá, según hemos tratado de argumentar, los horizontes de progreso de la cultura latina en la Sociedad de la Información. Pensando, en fin, en lo procomún como alfa y omega de un proyecto compartido de comunidad. Este será el reto de futuro en los próximos años en América Latina, y debiera ser el punto de anclaje de una teoría y una práctica política distinta cuando hablamos de democratizar la comunicación.

Bauru (Sao Paulo), 29 de Abril de 2012.

**BIBLIOGRAFÍA**

- BOLAÑO, César; MASTRINI, Guillermo y SIERRA, Francisco (Eds.) (2005). *Economía Política, Comunicación y Conocimiento. Una perspectiva crítica latinoamericana*, Buenos Aires: La Crujía.
- MASTRINI, Guillermo y Martín BECERRA (2006). *Periodistas y magnates*. Buenos Aires: Instituto Prensa y Sociedad.
- NEGRI, T. y COCCO, Giuseppe (2006). *GlobAL. Biopoder y luchas en una América latina globalizada*, Buenos Aires: Paidós.
- ORLANDO, Rocío (2012). *Medios privados y nuevos gobiernos en Ecuador y Argentina*, Quito: FLACSO.
- SIERRA, Francisco (2001). *Comunicación, educación y desarrollo. Apuntes para una historia de la comunicación educativa*, Sevilla: Comunicación Social Ediciones.
- SIERRA, Francisco (2006a). *Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la sociedad del conocimiento*, Barcelona: Gedisa.
- SIERRA, Francisco (2006b). *Comunicación y desarrollo social. Fundamentos teóricos y prácticos*, Madrid: UNED.
- SIERRA, Francisco (2008a): “Del Estado débil a la cooperación multivalente” en Enrique BUSTAMANTE (Ed.). *La cooperación cultura-comunicación en Iberoamérica*, Madrid, AEI, pp. 103-112.
- SIERRA; Francisco (2008b): “Pensar sin Estado. Política y economía de la comunicación en el Capitalismo Cognitivo” en Murilo César Ramos y Nelía Del Bianco (Orgs.). *Estado e Comunicação*, Brasilia: INTERCOM/UnB, pp.59-92.

**Social**

SIERRA, Francisco (2008c): “Sociedad de la información y Comunicología. Una crítica económico-política” en Manuel Martínez Nicolás. *Para investigar la comunicación. Propuestas teórico-metodológicas*, Madrid: Tecnos, pp. 201-224.

SIERRA, Francisco (2008d): “Sociedad de la información y cultura ibérica. Nuevos horizontes político-culturales” en SIERRA, Francisco; Francisco Javier GÓMEZ y Moisés de LEMOS (Coords.) (2008). *Comunicación y desarrollo cultural en la Península Ibérica. Retos de la Sociedad de la Información*, Sevilla: Secretariado de Publicaciones USE, pp.15-22.